

Modernidad, modernización y cultura de *Daniel Pécaut*

El presente texto es adaptación de una reseña crítica realizada por el profesor Ernesto García Posada.

El artículo de Daniel Pécaut que estamos comentando debe presentarse como uno de esos aportes fundamentales que todo científico social (y el pedagogo lo es por antonomasia) debe estar en condiciones de incorporar orgánicamente a su propio discurso. Para ningún académico colombiano es difícil aceptar que Daniel Pécaut, más allá de su primera definición como historiador, es un auténtico científico social, especializado en la temática de Colombia, cuya obra ha trascendido legítimamente las fronteras particulares de cualquiera de las disciplinas de lo social para constituirse en argumento integrador y transdisciplinario en el que cada uno de nosotros puede hacer pie para el desarrollo de su respectiva especialidad. Creo que este artículo es buena muestra de lo dicho. Se intenta-

rá pues, hacer un ejercicio de lectura especializada del mismo desde las urgencias y posibilidades del pedagogo.

El concepto de modernidad

La modernidad es la transformación de la percepción del mundo y de la historia, que hace al hombre imponer a la naturaleza sus categorías de conocimiento y sus técnicas transformadoras, haciéndole ver en la historia un proceso de autoconstitución permanente de normas y de significaciones sociales.

Esta definición propuesta al empezar el artículo puede ser leída por el pedagogo como un poderoso llamado de atención acerca de un proceso que ocurre (o no ocurre) dentro de las aulas. En efecto, en la medida en que el maestro es testigo excepcional de cómo evolucionan las formas de percepción del mundo y de la historia, desde

* El artículo de Daniel Pécaut apareció en la Revista *Gaceta* de Colcultura, octava edición, Agosto-Septiembre de 1990.

** Presidente de la Asociación colombiana de Pedagogía y Asesor educativo de la Comunidad Salesiana en Colombia.

el estadio infantil, predominantemente mágico y egocéntrico, muchas preguntas se deben formular a la Pedagogía sobre la responsabilidad y los criterios con que interviene en esa evolución, sobre lo que ha ocurrido y el cómo ha ocurrido la transformación, el paso de las percepciones premodernas a percepciones modernas del mundo y de la historia en las sucesivas generaciones de colombianos que han acudido a las aulas.

Desde luego, este proceso de transformaciones nunca corresponde a las enseñanzas que imparte el maestro ni se regula por el ejercicio de ciertos discursos didácticos o didactistas que los mayores suelen esgrimir para ilustración de los menores. En realidad, la verdadera percepción que cada uno forma acerca del mundo es la decantación esencialmente inconsciente —innombrada— de la experiencia de vida, de la historia que cada sujeto realiza a su paso por la vida. No obstante, la experiencia escolar, con todos sus elementos de significación, es un espacio vital en donde se determinan las percepciones del mundo predominantes en nuestra época; un espacio que es en sí mismo emblema de determinadas concepciones del mundo que, por ausencia o por presencia, forma parte de la historia de todos los individuos de nuestra época.

Por otra parte, y este es un elemento de discusión muy importante para el debate sobre la modernización colombiana, el hecho mismo de que la escuela sea emblema de una cierta y determinada percepción del mundo y de la historia plantea severos interrogantes que el pedagogo debe comprometerse a responder mediante argumentos debidamente discutibles. En primer lugar, cabe la pregunta por el tipo de percepción que la escuela ha aportado en el desarrollo cultural de la nación colombiana. Además, debe responderse por la manera como la escuela articula, reproduce, difunde y distorsiona aquella percepción del mundo y de la historia que ella misma pretende representar. Y así, sucesivamente, el pedagogo puede leer esta definición de Pécaut desde múltiples perspectivas específicas que respondan al llamado de atención implícito en ella.

Obstáculos culturales a la modernización

Hay que ser prudentes con la noción de obstáculos a la modernización o a la modernidad. Hirschman, hace ya 30 años, nos ha enseñado a ser un poco escépticos a la idea de obstáculos al desarrollo.

Es natural para nuestra generación —y quizás todas las generaciones de colombianos— interpretar nuestra re-

alidad corriente como defectuosa, como carente de algo que las sociedades avanzadas sí poseen y que nosotros deberíamos esforzarnos por alcanzar. Por esta razón, cabe resaltar con mucha fuerza la precaución que el autor quiere imponer con respecto al concepto de “obstáculos al desarrollo”. Acogiéndonos a ella, podemos decir que en realidad no hay obstáculos sino caminos concretos y originales de desarrollo en cada formación social particular y, por tanto, la suerte de la modernización, como la de la modernidad, en Colombia es una resultante de la historia concreta que no se desenvuelve según arquetipos ideales que van de lo inferior a lo superior, no se trata de una ausencia o un defecto de modernidad en nuestra historia sino de una historia concreta en donde la modernidad y lo moderno se entretajan de una manera específica que debemos conocer para comprender cabalmente nuestra identidad y nuestra proyección cultural. Bajo estas advertencias, el autor analiza los principales obstáculos de nuestra nacionalidad, así:

... la influencia de la iglesia en el rechazo a la modernidad que triunfa con la “Regeneración”. Doble rechazo de la modernidad: en nombre del tomismo, se rechaza el avance científico moderno; en nombre del odio al liberalismo se rechazan las premisas de la política moderna.

Aunque parece exagerado el énfasis que algunos investigadores le han concedido a la influencia de la Iglesia en el camino de la nacionalidad, es evidente que ella forma parte indispensable y muy preponderante de cualquier explicación sobre el patrón de desarrollo, desde la colonia y hasta nuestros días. Lo más interesante de la argumentación de Pécaut puede ser la forma como explica concretamente el sentido de la influencia eclesiástica: “Sucede que la Regeneración coincide con el momento en el cual la economía por fin se desarrolla; de donde resulta una disociación durable entre la concepción del orden social y cultural, y la modernización económica parcial.” Este patrón de desarrollo típicamente “disociado” se puede reconocer, sin duda, a lo largo de las distintas etapas de nuestra historia y, muy particularmente, desde la Independencia (?) hasta el presente.

En todo caso, para el desarrollo de una ciencia pedagógica será necesario que se reconozca la forma como el patrón de desarrollo disociado se reproduce y se difunde a través de una escuela y un oficio pedagógico igualmente disociados y ajenos a las circunstancias concretas del desarrollo nacional, en consonancia con modelos exógenos dentro de los cuales nuestras propias condiciones siempre serán deficitarias.

Sin embargo, es quizás insuficiente atribuir toda la culpa del retraso del desarrollo científico en Colombia a la Iglesia[...] el pragmatismo de un partido liberal poco dado a la reflexión teórica, la adhesión de las élites liberales a una para-modernidad que las hacía prestar elementos simbólicos de los países desarrollados, o la sumisión de los intelectuales a los partidos tradicionales!...] La sumisión de los intelectuales a los partidos tradicionales es posiblemente una de las modalidades de aquello que puede llamarse el provincialismo colombiano.

Y en este sentido no puede despreciarse el hecho de que la figura del maestro siempre estuvo encadenada y sojuzgada por los personeros del poder en cada momento. Del cura al gamonal y del gamonal a la recomendación de los directorios políticos locales, la profesión pedagógica siempre dependió más del favor de los poderosos que de cualquier criterio de idoneidad y mérito académico. Por otra parte, la posibilidad de desarrollar escuelas, a cualquier nivel, siempre ha estado confundida con la posibilidad de establecer empresas rentables y, por tanto, ha estado sometida a los detentadores del capital y de las prebendas de la casta política.

Cabe advertir que el pragmatismo y el para-modernismo de las castas

liberales perviven claramente en nuestra época a través del gobierno de los “másteres”. Es alarmante observarlas polémicas acerca de la apertura económica en donde la realidad nacional no aparece sino como un tinglado de referencia para ratificar o desmentir la validez de los dogmas aprendidos en las universidades del mundo “desarrollado”; en el caso de la modernización del sistema escolar, la invasión indiscriminada de soluciones preestablecidas en alto grado de pureza por investigadores “independientes” y “neutrales” es la forma como se reproduce el esquema disociador del modernismo sin modernidad.

Finalmente, entre los obstáculos culturales, puede mencionarse el peso de los valores rurales en la vida colombiana. ¿Cuál es la razón de tal peso?!...] Tantas razones posibles. Pero estos valores rurales explican parcialmente la desconfianza hacia el cosmopolitismo y el universalismo.

Los obstáculos políticos

El planteamiento de Pécaut en este apartado de su exposición es sumamente conciso y coherente. Lo más interesante puede ser el señalamiento del autor sobre el contraste entre lo que sucedió en Colombia y lo acaecido en otros países latinoamericanos en

el terreno de las relaciones entre el Estado y los intelectuales. Veamos:

La precariedad del Estado colombiano, por el contrario, ha impedido durante mucho tiempo el surgimiento de una comunidad científica. La fragmentación del poder se ha traducido en la fragmentación de los grupos intelectuales locales[...] En estas condiciones, la racionalidad científica que ciertos intelectuales podrían reivindicar, no tenía ninguna relación con las formas de racionalidad *sui generis* de la gestión política.

La modernidad negativa

Hablar de la decadencia y degradación de la educación es un lugar común que, por unánime y repetitivo, ya no aporta nada al debate para un mejoramiento de la pedagogía y del sistema escolar, en general. El concepto de modernización por la vía negativa

que Pécaut invoca en su artículo puede ser una pista muy prometedora para superar el estancamiento del debate y ofrecer alternativas tanto científicas como pragmáticas para la organización de la educación del próximo siglo.

Así expone la cuestión el autor:

No pocos elementos actuales parecen elementos de modernidad: el individualismo, la transacción, el cálculo racional. Estos elementos, sin embargo, tienen un aspecto negativo. El individualismo es el resultado de la desagregación del tejido social; la transacción, una manera de saldar la descomposición de los modos habituales de regulación social; el cálculo racional, un modo de adoptar el utilitarismo como estrategia de supervivencia. Estos elementos no se pueden ligar con la creación de un nuevo imaginario político-democrático.